

## El sueño en Unamuno y Zambrano

**L**a teoría del sueño creador es considerada fundamental en el pensamiento de Zambrano (Moreno Sanz) en contra del juicio de Bundgaard que, por su inconsistencia desde el punto de vista filosófico, no la inserta en su importante libro, *Más allá de la filosofía*. Hay además que subrayar que aún no se conocen todos los escritos de Zambrano sobre este tema, sin olvidar que en su libro póstumo, *Los sueños y el tiempo*, Madrid 1992, parece evidente la intervención de un redactor por lo que concierne el problema del tiempo.

### 1. Sueño y realidad en Unamuno

Don Miguel de Unamuno, al que Zambrano había dedicado uno de los primeros estudios, escrito desde 'la participación' y que ahora es posible leer<sup>1</sup>, constituye el personaje al que se sentía más próxima, sobre todo por la religión poética y además por el modo de filosofar expresado en la frase: 'discurrir por metáforas'.

En la filosofía de Zambrano, la imagen del sueño desempeña un papel central, así como en el Unamuno poeta y sobre todo novelista. Pero en Zambrano se trata de la forma-sueño, del sueño conformado y por así decir configurado por la palabra y no por el

contenido de los sueños, como en Unamuno. Todo esto puede ser expresado orteguianamente en estos términos: solo los seres humanos pueden asistir a su propia existencia, mientras Zambrano expresa el mismo concepto con una feliz imagen: *adsum* (en el ensayo del homónimo título en *Delirio y destino*)<sup>2</sup>, que significa 'estoy presente, estoy aquí', después de la dramática experiencia de su enfermedad, no tanto en el sentido del *Da-sein* heideggeriano, cuanto en el de 'estoy en mí'. Más que a Ortega, se refiere Zambrano a Cervantes, Shakspeare y aún a Unamuno, para el que, en sintonía con Calderón de la Barca, la vida es sueño..., sueño de Dios. En la *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), efectivamente, Unamuno afirma que nuestra vida dura lo que Dios se demora en soñarnos, y nosotros morimos al despertar Dios de nuestro sueño.

La personalidad nunca puede reducirse a querer ser, sino que consiste en el sueño de ser y en ser soñada. Para Unamuno, la persona es, en el fondo, un sueño de Dios, de los otros, de sí. Estos tres sueños se resumen en uno: el sueño por excelencia, la substancia con la que y de la que hemos sido engendrados. Y así se realiza la persona que es realidad suma y, al mismo tiempo, esencialmente indigente. No se trata de un problema ético o de psicología, sino de *metafísica*, porque somos como todo el mundo solo cuando nos despojamos de todo para ser solo con nosotros mismos, como en los

---

<sup>1</sup>Véase, M. Zambrano *Unamuno*, ed. M. Gómez Blesa, Barcelona 2003.

<sup>2</sup>J.L.L. Aranguren, "Filosofía y poesía", en *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid 1983, pp. 119-121.

momentos radicales de nacer y morir, en los que todo es superfluo y solamente la intrasferible persona de cada cual es esencial. Se trata de una concepción ontológica en conexión con la radical finitud del ser, hasta el punto de que Unamuno hace suya una afirmación de Calderón, compartida también por Schopenhauer, según la que el delito mayor del hombre consiste en el haber nacido hasta hablar de la cruz del nacimiento.

La infinitud de Dios se manifiesta en su capacidad para soñar los múltiples sueños de la realidad con la misma intensidad con la que un hombre sueña su vida. De ahí el papel que para el individuo prefigura una alternativa: actualizar este sueño, que es ante todo de Dios, o renunciar a ello y desnacer. El sueño originario de Dios se trasmite hasta nosotros que somos pre-soñados por nuestros padres. Pero al nacer no somos sueño de nosotros – objeto de sueño, sino ‘sueño nuestro’ – sujetos de sueño –; en términos orteguianos, hay por tanto que proyectar nuestro ser, nuestra vida en la circunstancia a partir de nuestra vocación e intrasferible destino individual. Por eso, en cierto sentido somos nosotros los que ponemos – no sin una actitud paradójica – el universo. Por tanto, ha podido decirse que el primer delito del hombre – el pecado original – ha consistido en haber nacido<sup>3</sup>.

No es el lugar para discutir el tema de la novela en Unamuno y la relación entre personajes de ficción y realidad<sup>4</sup>. Nos limitaremos a la novela *Niebla* que puede ser interpretada desde el punto de vista psicoanalítico (Jung), como investigación de la autonomía y de la autoconciencia una vez superada la dependencia maternal; o bien en el sentido de la decisión existencial (Kierkegaard). Por este lado, la búsqueda de ‘sí mismo’ por el protagonista implica el pasaje de la vida estética a la ética.

Es cuanto aparece con la ruptura de la relación con Eugenia, que se había burlado de Augusto, que, non sin padecer, toma conciencia y, finalmente, una decisión. Con ello Augusto cree haber nacido de verdad. Pero para padecer, para morir. De ahí la opción por el suicidio. Esta opción radical ¿es una ficción o representa una realidad? En este punto empieza la metanovela, basada en la confusión entre ficción y realidad, según confirma Victor Goti, para el que los personajes de la novela son entes de ficción en busca de su autor, en analogía con Pirandello, *Sei personaggi in cerca d'autore*. El hombre es, pues, un sueño de Dios. Cuando busca las razones para justificarse, no hace sino que justificar Dios. En esta novela se realiza la circularidad entre autor-personaje, soñador-soñado, en fin, entre creador-criatura, y además se cumple la muerte de un Dios arbitrario .

No podemos analizar ahora la obra de Unamuno sobre el Quijote (1905) y los escritos de Zambrano sobre el mismo tema. Aquí nos interesa subrayar que Zambrano ve una “Guía y confesión, al par, (en) esta *Vida de Don Quijote y Sancho*, en la que un español se confiesa por todos y confiesa a todos sus mortales ansias por lograr su ser, su terreno, ser que también quiere ser divino. Guía, no de perplejos, sino de angustiados, de la que se desemboca en las palabras ya dichas, palabras de teología, de fina y aguzada teología en que parece revelarse la agónica ética de Don Miguel, su congoja por la historia terrena y la divina, la metafísica y la ética española a la que el español se agarra en su íntima certidumbre: ‘Que estoy soñando y que quiero [obrar bien, pero no se pierde] el hacer bien aun en sueños’<sup>5</sup>. No se puede querer la vida eterna sin hacerse la pregunta crucial acerca de la muerte. En la muerte de don Quijote se desvela el misterio de la vida quijotesca, la verdad última que está

<sup>3</sup>J.L.L.Aranguren, “La palabra de María Zambrano”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 413(1984), pp.21-22.

<sup>4</sup>Véase, A.Savignano, *Introduzione a Unamuno*, Laterza, Bari 2001.

<sup>5</sup>M.Zambrano, “La Guía de Unamuno.Vida de Don Quijote y Sancho”, en *Unamuno*, cit., p.119.

no tanto en la gloria cuanto y sobre todo en el corazón bueno. Por eso Calderón decía que el bien no se pierde tampoco en el sueño. La raíz de la sed de immortalidad de don Quijote está en el querer hacer el bien. Quien es bueno no puede morir del todo porque el bien es compartido por Dios. Es, pues, decisivo ser bueno además que hacer el bien, cualquiera que sea el sueño de la vida. Por eso Unamuno puede retóricamente afirmar: Si la vida es sueño, dejadme soñarla sin fin!

Los entes de ficción, en Unamuno y en la misma Zambrano, son 'ser reales' con voluntad de 'ser'. Es real, en efecto, el ser que tiene conciencia de su existencia; verdaderamente real, pues, es sólo el sujeto de una acción voluntaria. Como ha subrayado J. Marías, "muy cervantina-mente dirá Unamuno que Don Quijote es tan real como Cervantes; no quería decir con ello que negase o regatease la realidad de Cervantes – sería una interpretación tosca, a la cual Unamuno en algún momento dio pie - ; lo que hay que afirmar es que el personaje de ficción, a diferencia de las 'cosas', tiene el mismo tripo de realidad que el hombre: algo que se puede contar o cantar, algo que acontece, que tiene argumento; en suma, una realidad dramática que incluye en sí misma la posibilidad"<sup>6</sup>. Insertándose en la tradición española, tampoco Zambrano admite diferencia, desde una perspectiva 'poética', entra ficción y realidad, ya que la realidad puede definirse por 'lo que es', ni la ficción 'por lo que no es'.

Afirmar de los personajes novelescos el soñar y el ser soñados, lejos de ser una paradoja, les hace entes de 'carne y hueso', porque Unamuno desea mostrar que la personalidad

es una condición más básica de los hombres y además les hace a todos hermanos. Si los personajes de la novela son en algún sentido reales, esto vale así mismo para los hombres reales que son criaturas ficticias en cuanto productos del sueño de Dios. De ahí la angustia del hombre, porque despertarse del sueño significa dejar de existir para vivir sumergido en las tinieblas de la lógica y de la razón, que son impotentes para consolar a 'los condenados al sueño de la vida'. De ahí que cuando nos rebelamos contra la idea de que Dios nos está soñando, lo ayudamos en su eterna tarea creadora de soñarnos; así entre Dios y sus criaturas hay una relación de soñador a soñado mediante el amor. En efecto, somos productos de un sueño que exige sólo amar lo soñado<sup>7</sup>.

A diferencia de Unamuno, para el que el sueño es una posibilidad de vida eterna, para Zambrano constituye la forma en la que el hombre se actualiza en libertad. En contra de la tesis unamuniana del hombre entendido como sueño de Dios y al mismo tiempo sueño que sueña, Zambrano sitúa al hombre con su ser (sueño) en la realidad en la que se encuentra a sí mismo y realiza su proyecto libre con las cosas, en suma en el mundo<sup>8</sup>.

## 2. La teoría de la forma-sueño

La observación de J.A. Valente, para el que *El sueño creador* representa una fenomenología de los sueños<sup>9</sup> es compartida por Aranguren, según el cual la filosofía de Zambrano es "una especie de fenomenología de la forma-sueño"<sup>10</sup>. Más que a Husserl, parece Zambrano referirse a Max Scheler<sup>11</sup> y a la her-

<sup>6</sup>J. Marías, *Cervantes clave española*, Madrid 1990, p.245.

<sup>7</sup>J. Ferrater Mora, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*, Madrid 1965, pp.48-50.

<sup>8</sup>J. Ortega Muñoz, "Notas a la ecuación tiempo-libertad-sueño en el sueño creador de Zambrano", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 413 (1984), pp.175-176.

<sup>9</sup>J.A. Valente, "El sueño creador", en *Litoral*, 124-126 (1983), p.81.

<sup>10</sup>J.L.L. Aranguren, "Los sueños de María Zambrano", en *Revista de Occidente*, n.35 (1966), p.207.

<sup>11</sup>Vease, Max Scheler, *Schriften aus dem Nachlass*, I (1933), en parte traducidos en español en 1934 con el título, *Muerte y supervivencia. Ordo amoris*. Véase M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, 1934, Madrid 1987, p.13. Zam-



RAFAEL ROMERO, "Garden" 035

menéutica existencial heideggeriana de la cual opera una superación en nombre de la metafísica y de la mística.

Zambrano prefiere analizar no tanto la comprensión del mundo como la comprensión del hombre en su sueño y en su despertar. Se trata, pues, de una fenomenología existencial y no de una analítica existencial. En Zambrano, además, hay algo más que una ontología, hay

una ética por la que se realiza la persona a partir de un principio de acción trascendente<sup>12</sup>.

Zambrano, a mi juicio, no profundiza el estudio de la fenomenología, que entiende como descripción de lo que aparece, para descifrar las vivencias de la conciencia y sobre todo del inconsciente y aludir a lo oculto (ser originario).

brano se refiere a Scheler, por la intencionalidad emocional y a las vivencias afectivas a través de un método hermenéutico, en contra de Husserl: M.Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, in "Diógenes", n.19(1957). Hay que precisar además que el método fenomenológico es considerado en términos negativos como "la forma más extrema de positivismo" (M. Zambrano, *Los bienvenuturados*, Madrid 1990, p. 11.

<sup>12</sup>C.Maillard, *La creación por la palabra*, Barcelona 1992, p.59).

Según Zambrano, «soñar es ya despertar»<sup>13</sup>; en caso contrario, hubieran pasado “inadvertitos siempre, como quizá pasen inadvertidos todavía algunos aspectos de la vida humana, en el mundo de los sueños(...); o en la vigilia, del otro lado de la frontera de la conciencia”(S.c.,p.17).

Por otro lado, aún el estado de vigilia podría ser un soñar si persistieran las condiciones del estado de sueño, entre las cuales hay que destacar la pasividad y la necesidad. “Si una tal vigilia se cumpliera a la perfección, el sujeto soberano pasaría su vida en estado de sueño. La continuidad de este género de atención ejercida sin desfallecimiento alguno mantendría al sujeto bajo su innegable actividad en una situación de pasividad. Su actividad sería un simple estado, y su vivir, por tanto, un estar en la vida sin más, al modo de un alga en el mar”(S.c., p.18-19).

La estructura de la forma-sueño -todo sueño considerado, por así decir, en su constitutivo esencial- se caracteriza por la pasividad del sujeto y por la suspensión de lo que Kant ha llamado a priori de la sensibilidad (espacio-tiempo). “En la atemporalidad el sujeto no tiene tiempo disponible, tiempo sucesivo al que está ligada la libertad” S.c.,p.31). Si en la forma-sueño la atemporalidad parece provenir “de otra región de la vida, infernal o sobrenatural”(S.c.,p.33), es la conciencia la que trasmuta el tiempo homogéneo del mundo físico en un presente que es el tiempo de la persona. En efecto, “el presente es el modo temporal del hombre”(S.c.,p.19)<sup>14</sup>.

La forma-sueño está caracterizada por la aespacialidad. Respecto al tiempo Zambrano distingue tres tipos, que tienen plurales dimensiones y son múltiples; sin embargo, la

terminología no es unívoca, como puede verse en *El sueño creador* y en *Los sueños y el tiempo*.

Zambrano distingue tres tipos de espacio: 1) el espacio ‘vacío y homogéneo’ del mundo físico, producto de la tarea homogeneizadora de la conciencia(S.c.,p.19); 2) el del sueño que es un espacio ‘lleno’, porque pierde su “tercera dimensión: el espacio no es ya ‘el lugar natural de los cuerpos’, sino una simple pantalla absolutizada, en estado de ser(S.c.,p.23). 3) El espacio de la persona, donde “las dimensiones temporales tienden a ordenarse, a parecer ordenadas sin implicaciones ni inversión a partir de un centro, un centro que es una acción a ejecutar en el proceso de la finalidad-destino”(S.c.,p.p.38). Se trata de un espacio más cualitativo que cuantitativo, porque preside la conducta libre con vistas a una finalidad.

No es la conciencia, que persiste en cierto modo aún en el sueño y además, obviamente, en la vigilia, la que nos hace salir del sueño, sino que es la libertad y la creatividad. La conciencia es puro sueño si es “continuidad de la perfecta vigilia”, de la que necesitamos ser despertados para introducirnos en el ámbito humano.

Zambrano distingue tres tipos de sueños : 1) el sueño fisiológico; 2) el sueño como estado endotímico de la persona, en cuanto que se desarrolla en la zona del subconsciente: se trata de los sueños de la psyche, entre los que hay sueños de obstáculo (véase la original interpretación de Zambrano de la obra de Kafka, *El Castillo*) y los sueños de orexis; 3) el sueño creador o sueño de la persona, llamado también sueño de finalidad o de destino(S.c., pp.19-20). “El sueño de la persona es en principio sueño creador, que anuncia y exige el despertar trascendente y que aún puede contenerlo ya en

<sup>13</sup>“El sueño creador”, 1965, en *Obras reunidas*, Madrid 1971, p.17; se citará así: S.c.

<sup>14</sup>Esta concepción del tiempo humano deriva del influjo, más que de Heidegger-Sartre, de la generación del '98, especialmente de Unamuno y Azorín (Véase J.F.Ortega Muñoz, “La fenomenología de la forma sueño”, 1987, en *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, México 1994, pp.82-102, en part., p.89).

el nivel más alto de la esencia de los sueños” (S.c., p.41).

El paso al sueño creador se cumple por el tránsito del ‘acto’ a la ‘actividad’ humana en virtud de la libertad, y aún más, no por ‘el argumento del sueño’ sino por “llevarlo a otro lugar, por arrastrarle o otro medio” (S.c., p.20), donde preside la libertad. En otros términos, se trata del paso de los contenidos del sueño a la forma-sueño. Por tanto, “los sueños no son la representación de cierto argumento ante todo, sino el medio, la forma, la forma-sueño, cuyo contenido puede estar formado por imágenes que corresponden a percepciones de la vigilia, sin que el orden y conexión entre ellas haya sufrido apenas alteración alguna” (S.c., p.20)<sup>15</sup>. La forma-sueño es el reino del ser, al salir del cual se actualiza el existir de la persona. Respecto a Jung, para quien meditar sobre los sueños es una vuelta a sí para hacer claridad sobre uno mismo, Zambrano subraya además que la existencia es ‘la actualización de una esencia’. De ahí una radical distinción respecto a su maestro, Ortega, en lo que concierne a la noción de ser, que para Zambrano, no obstante su carácter oculto, misterioso, recibido pasivamente, en el sueño permanece, por así decir, el centro sutil y radical de la persona.

Para Ortega, por el contrario, el ser es una creencia de un tiempo histórico y lugar determinados, cuando en la minoría del mundo griego no tenía vigencia la fe en los dioses (Véase, Ortega Y Gasset, *Origen y epílogo de la filosofía*), Por eso, la afirmación: “‘existir’ significa *sensu stricto*: ejecutar la esencia, ser efectivamente lo que se es, *serse*”<sup>16</sup>, quiere decir: ‘estar efectivamente siendo lo que se es, estar ‘haciendo su esencia’, fuera de sí, en lo otro, en la circunstancia. De aquí el esfuerzo que hace

para efectuar su esencia, para serse. En la original teoría de la ejecutividad, queda suspendida la idea aristotélica de substancia, porque “la vida consiste en pura ejecutividad”<sup>17</sup>.

“¿Qué clase de ser - se pregunta Zambrano - es este propio del hombre que siente su ser, lo ve o más bien lo entrevé en raros momentos y que frente a él puede decir sí o no, tomándolo a su cargo? ¿Qué clase de ser es este que para ser ha de despertar siempre, aunque sea para luego sumergirse en el sueño inicial nuevamente?” (S.c., p.27). Para explicarlo Zambrano se refiere a la realidad de la vida observando que “el vivir no es lo mismo que la vida. La vida es dada, mas es un don que exige de quien la recibe el vivirla y al hombre en una especial manera”, porque “el hombre ha de hacerse su propia vida a diferencia de la planta y del animal que la encuentran ya hecha y que sólo tienen que deslizarse por ella, al modo como el astro recorre su órbita dormido” (S.c., p.25). Respecto al animal, que “no difiere de su propio ser” (S.c., p.27), el hombre “recibe también su vida, sin duda, pero recibe con ella su ser. Un ser que se le presenta como absoluto, en un modo extraño. Pues que siendo este su ser como recibido y sintiéndolo él como absoluto, se lo encuentra a su cargo. Lo lleva y lo soporta, lo sufre en verdad pues que le pesa; le envuelve y hasta puede poseerlo, si ha dejado de contar con él” (S.c., p.26). Por eso el hombre es el ser que “padece su propia trascendencia” (S.c., p.27). En esta afirmación hay una confluencia en Zambrano con la concepción de trascendencia heideggeriana, en el sentido de “ir más allá (*überseitig*)”<sup>18</sup> en una dimensión horizontal, como ser en el mundo. En Zambrano, más que avance, la trascendencia es retorno después del paso por los acontecimientos. Se tra-

<sup>15</sup>Sobre el tema de la libertad, véase M.Zambrano, “Nacimiento y desarrollo de la idea de la libertad de Descartes a Hegel”, 1945, en *Litoral*, n.124-126 (1983), pp.197-207).

<sup>16</sup>Ortega Y Gasset, “Unas lecciones de metafísica”, en *O.C.*, Madrid 1983, t.XII, p.62.

<sup>17</sup>J.Ortega Y Gasset, “Vida como ejecución”, en *¿Qué es conocimiento?*, Madrid 1984. En esta perspectiva parece, pues, equivoca la interpretación de Maillard, *Op.cit.*, p.81 y n.40.

<sup>18</sup>M.Heidegger, *Vom Wesen des Grundes*, Frankfurt a.m., 1973, p.18.

ta de un paso circular que supone una doble creación: recuperación del ámbito inicial originario y actualización de proyectos.

El hombre, que padece su trascendencia, no quiere todavía separarse de su estado originario de sueño con el nacimiento que es siempre fuente de angustia y de nostalgia. El descubrimiento de su individualidad y de su libertad empujan al hombre a hacer su vida. Para Zambrano, el hombre es “el ser que trasciende su sueño inicial. Pues el ser en la vida, así, sin más, se encuentra en estado de sueño” (S.c.,p.27). La adquisición del ser tendrá lugar a partir del sueño inicial, a través de los sucesivos sueños. “Su diferir de su propio ser – es aquí indiferente el que esto sucede en virtud de una dualidad, o en virtud de un núcleo trascendente de su ser recibido – y la posibilidad que inexorablemente se le actualiza de hacer algo con él, ya que el hombre puede contrarse, manifiesta en un modo evidente la existencia en él de eso que se ha llamado libertad. La tiene no ya cuando ha despertado, sino propiamente despertando. La libertad le hace despertar” (S.c.,p.28). De ahí el drama, la angustia – non sin influjos del existencialismo – porque el hombre tiene que hacer libremente su ser recibido en el sueño, realizarlo en su vida en conformidad a su auténtica vocación. A diferencia de los otros vivientes, el hombre tiene – y eso parece una paradoja – que “ser por fuerza libre” (S.c.,p.107), tomando la distancia del ser recibido, saliendo de él para completarlo y trasformarlo en conformidad con su proyecto. “Encuentra el hombre su ser, mas se encuentra con él como un extraño, se le manifiesta y se le oculta; se le desvanece y se le impone, le conmina y exige; se le da en sueños, como a toda criatura viviente y le hace luego despertar. Mas no puede vivir enclaustrado sin más con su ser. Algo le sucede al hombre con su ser que le expelle de este originario claustr” (S.c.,p.26).

La tarea de la vigilia consiste en revelar al hombre su ser que se “le manifiesta en sueño, en sueños. Pasar por la realidad es despertarlo. El ser se revela, el ser se desvela porque va perdiendo su carácter de absoluto, de oculto, de inaccesible, se le revela así al sujeto que lo padece y conduce. Se desentraña. Y a medida que se desentraña, va dejando de ser el desconocido que se presenta imponiendo, ante todo, un extraño modo de estar en el tiempo” (S.c.,p.30).

En otros términos, el ser, que se da en el sueño -de ahí el problema de la relación entre sueño-realidad verdadera-, es recibido; el hombre tiene, con angustia y drama, que salir de ese claustro para hacer su vida –su existencia– conformándose a él y además re-creándolo en libertad, en suma trasformándolo con vistas a la realización del proyecto vital correspondiente a su propia intrasferible vocación personal.

Según Chantal Maillard, hay una cierta dificultad en armonizar el ser uno y la individualidad; este problema, para nosotros, puede ser en parte superado considerando la evolución del pensamiento de Zambrano. Así, en *El sueño creador*, se mantiene dicha distinción, mientras en *Claros del bosque*, donde el ser es síntesis y quietud, el uno parece asumir rasgos plotinianos y la individualidad se disuelve en el amor. En *Claros del bosque*, refiriéndose a Platón, despertarse es “reiteración del nacer (que) es encontrarse dentro del amor y sin salir de él, con la presencia de la verdad ella misma”<sup>19</sup>. Todavía se mantiene en las dos obras la afirmación de la existencia, “surgida de la pretensión de ser por separado”<sup>20</sup>. Nacemos en las aguas del amor – subraya Zambrano - ; por consiguiente la condición humana es siempre la de ser una criatura de en medio, en cuanto va y viene entre el dentro y el fuera, entre el sueño y la vigilia, entre el ser y el no-ser-aún<sup>21</sup>. El mito del paraíso perdido – subraya Maillard - preside el pensamiento de Zambrano. Existir

<sup>19</sup>M.Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona 1986,p.21.

<sup>20</sup>Ibid., p. 22.

<sup>21</sup>Véase M.Morey, “María Zambrano:un pensamiento de la duermevela”, en *Revista de Occidente* n.213(1999),pp.78-88.

a la luz es la condena, el castigo infligido a aquel que quiere venir al ser separándose del ser (sueño originario).

“El horizonte y el centro se excluyen, pues que el horizonte viene a sustituir la vida del centro”<sup>22</sup>. Estar en el centro excluye el horizonte en cuanto que se vive solo en el presente, como en el Paraíso, ‘lugar de la presencia’, donde acción y contemplación son idénticas. ”En el lugar del primer hombre, su ser y su estar coincidían, como coincidían ser y realidad, anhelo y cumplimiento, visión y tacto, y la distancia no actuaba, puesto que nada se interponía”<sup>23</sup>. Esta indiferenciación en la unidad originaria entre conocimiento y acción es profesada por la doctrina de las Upanishads, a la que remite la misma Zambrano.

Hay, pues, que recuperar este pasado remoto (paraíso perdido), que se traduce en nostalgia y en esperanza de vuelta al origen, después de la caída con el nacimiento, a través de los mitos, lo sagrado, las religiones, la poesía ,etc.. ¿Cuál es la realidad de ese ser que se esconde en los ínfimos del alma, que se nos da en el sueño y nos hace despertar? «Todos los ínfimos conocidos del hombre lo son solamente en tanto que son *prehistoria y profética anticipación*» (S.c.,p.30)

El proceso de individuación (Jung), que Zambrano llama ‘realización de la persona’, es la vuelta al ‘lugar del ser’ con vistas a recuperar la unidad originaria, que puede cumplirse auténticamente a través del camino de sabiduría o ‘camino recibido’, o ‘sendero’,- muchas veces olvidado - que “no se abre sin una guía o no se entra por él sin desprendimiento del corazón, sin que el corazón se haya movido y la mente le obedezca”<sup>24</sup>. Creyendo auténtico solo el sendero de sabiduría Zambrano pasa,

según Maillard, de la ontología a una metafísica de carácter mítico más cerca de la mística.

La acción de ir del sueño inicial a la luz puede ser considerada como: 1) negación del sueño recibido que es, por tanto, tratado como un sueño ;2) entrega a aquel sueño recibido negándose a despertar, asumiendo una actitud de pasividad; 3) despertarse al ser del sueño inicial para re-crearlo y transformarlo.

En la segunda alternativa, en la que se vive como en sueño y no se vive soñando, el hombre, como el ‘ser inauténtico’, del que hablan Heidegger y Sartre, vive en una situación de ‘suicidio’, porque la acción se reduce a “simple actividad que reviste al sujeto de su personaje, ocultándolo bajo él a la persona”(S.c.,p.40). De ahí la distinción entre el personaje – que es inauténtico, es una máscara, vive alienado en un mundo donde “no existe posibilidad alguna de creación”(S.c.,p.40), y la persona, que tiene que hacer libremente su existencia a partir del ser recibido. El personaje actuará “al modo de los actores poseídos por su papel”, sin proyectar la historia, que en este caso se manifestará “en su aspecto de fatalidad, de sueño ciego”(ibidem).

Para Jung, como se sabe, la persona tiene un carácter negativo y ambiguo en cuanto que, al creer que posee, en el curso de la individuación, algunos contenidos del inconsciente, comete el ‘pecado prometeico’ y por consiguiente vive en una condición de abandono por parte de los dioses y de los hombres. La persona es, pues, fruto de una individuación inauténtica, en suma, es una máscara, que renuncia a sí misma en favor de una valoración social prototípica y exterior. Para Jung, hay, por el contrario, una individuación auténtica

<sup>22</sup>M.Zambrano, “Acerca del método.La balanza”, en *Analecta malacitana* n.1(1983).p.87).

<sup>23</sup>M.Zambrano, “El camino recibido”, en *El pensamiento de María Zambrano*, Madrid 1983, p.148.

<sup>24</sup>M.Zambrano, “El camino recibido”, cit.,p.148.

que es la 'realización del sí mismo' y que Zambrano llama 'realización de la persona'.

La persona de Jung corresponde al 'personaje' de Zambrano que emplea, subraya Maillard<sup>25</sup>, la palabra máscara como sinónimo de las imágenes que el personaje cada vez adopta de manera inauténtica, viviendo en la realidad como en un sueño en el vano intento de querer ser como Dios, o bien como la envoltura de todo el ser que está haciéndose a la conciencia y a la libertad, en suma a la dimensión ética.

Existe, sin embargo, como decimos, una tercera alternativa: la de la persona que "*cabe despertarse*, ir despertándose, que significa ir despertando al ser de su sueño, despertarse junto a él" (S.c., 1986,p.7). Nacer es "el haber de atravesar una envoltura que contiene al sujeto, dentro de la cual no puede permanecer, y no a riesgo de su vida, sino de su ser. El haber de abandonar un lugar donde el ser está replegado sobre sí mismo, sumido en la obscuridad. Nacer, en el sentido primario y en todos los demás posibles sentidos, es ir a constituirse en la autonomía del propio ser. Por tanto afrontar la luz y lo que en ella sucede: ver y ser visto, por lo tanto. La luz es el lugar de la suprema exposición para el hombre; el darse a ver, aun antes que el ver. El sentirse y saberse a sí mismo como sujeto del ver, es cosa ya de filósofos" (S.c.,p.55).

Solo "cuando el hombre adopta íntegramente su propio ser comienza a vivir por entero" (S.c.,p.28), sin por eso identificarse totalmente con su ser, a diferencia de los otros vivientes. Por tanto, para el hombre, "ser es imposible; ser como criatura sin más.[...], como criatura nacida de una sola vez y pasivamente. Que despertar es seguir naciendo de nuevo, recrearse" (S.c.,p.27).

Solo esta última actitud es congenial al hombre. Respecto a Jung, que subraya la

importancia fundamental de los arquetipos, Zambrano se coloca en una postura distinta aún a nivel terminológico. El sí mismo, para Jung, es el yo, entendido como totalidad consciente-inconsciente, que es interpretado como factor complementario; en efecto el inconsciente – que puede ser personal y colectivo –, tiene una acción compensadora respecto a la conciencia, que, en cuanto relación psíquica al centro de lo que es el yo, es el reconocimiento del hombre como ser-en-el-mundo.

Para Zambrano, el inconsciente colectivo es el residuo del estado de delirio antes de la identidad, del sí mismo que, en tanto que individualidad, aparece con la conciencia. La salida del delirio al sí mismo incluye hacerse cargo de las zonas inconscientes (los contenidos arquetípicos) que tienen que ser traídos a la conciencia. El sí mismo (individuo después de haber padecido la separación) se logrará plenamente cuando venga a ser el uno mismo: inconsciente y consciente. Hay, no obstante, que subrayar, según Maillard, una cierta ambigüedad en Zambrano entre sí mismo (=individualidad, por medio de la libertad-conciencia, después de haber padecido la separación) y uno mismo(=ser originario en el estado de sueño, inconsciente, etc.) .

Los sueños pueden realizarse con violencia, en el caso de los sueños de la *psyche*, o en forma de creatividad, en los sueños creadores de la persona, a lo que Zambrano llama 'realizarse poéticamente'.

En el momento de nacer aparece la palabra que representa la forma que permite al hombre descifrar y desvelar el ser. Darse cuenta (*awareness*), de que habla la Gestaltpsychologie, es en cierto sentido, la actitud más similar respecto a la concepción de Zambrano, en cuanto no se trata de adoptar el mero análisis racionalista, sino de abrirse a una razón más amplia y comprensiva, a la razón poética, o,

<sup>25</sup>Véase, C. Maillard, Op. cit., pp.73-74.

análogamente, abrirse a la realidad por medio de sucesivos *awareness*.

Realizar el sueño es, pues, descifrarlo por medio de la palabra. Para descifrar esa escritura jeroglífica hay que poner en marcha no la razón pura, sino el método de la razón poética. "Descifrarla (...) es conducirla a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañarla desde el sombrío lugar, desde el infierno temporal donde yace. Lo que solo puede suceder si la claridad proviene de una razón amplia y total, *razón poética*, que es a la par metafísica y religiosa" (S.c., p.50). Por eso Zambrano concede suma importancia a descifrar e interpretar los sueños que representan, en cierto sentido, la vida profunda de la que hay que salir para conformar creativamente la existencia personal por medio de la libertad.

Con este método de la razón poética, que – declaraba en aquella etapa – “no es sino

una promesa, porque aún no había sonado su hora”<sup>26</sup>, Zambrano se sitúa en una ontología para ir más allá en una original metafísica que pasa por la ética<sup>27</sup>.

A la trascendencia propia de los sueños, en cuanto camino de creación por la palabra, se ha dedicado especialmente Zambrano al intentar descifrar imágenes oníricas o historias soñadas. “Esta razón poética en marcha es lo que constituye lo que ella misma ha llamado ‘legitimidad poética del soñar’, que no es sino una justificación clarísima de su filosofía, de esa trasfiguración de la realidad en la que se nos revelan sus secretos más profundos” (28). Filosofar, para Zambrano, es ante todo descifrar, “actividad en la que se resuelve ese vivir que es delirar; por eso el pensamiento de María Zambrano es siempre *llama* y su filosofía lo es de la *aurora*”<sup>29</sup>.

<sup>26</sup>M.Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, cit., p.296.

<sup>27</sup>Sobre el método de la razón poética, véase, J.F.Ortega Muñoz, *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Málaga 1982.

<sup>28</sup>J.L.L.Abellán, “María Zambrano”, en *El exilio filosófico en América*, México 1998, p.275.

<sup>29</sup>Ibid., p.280.